

MANUSCRITO DE VNA CORÓNICA INCONCLUSA: ¿DE QUÉ LADO ESTÁS? ¿QUIÉN ERES?

POR ÁNGELES MARTÍNEZ DONOSO

Presentación de la novela

Cuenca, 7 de mayo de 2025, Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo del Azuay

Parece que este manuscrito nos interroga, nos observa desde sus páginas, convirtiéndose en protagonista de la obra de Raúl Vallejo. Ha tejido su vida en una *novelina*, como él la llama, hilando con delicadeza, con una maestría que recuerda a las monjas del convento de las Conceptas, cuando eran niñas, cuando eran sabias, cuando, al igual que Sor Juana Inés de la Cruz, eligieron dedicarse a Dios y a la educación para no casarse ni someterse.

Ahí está Raúl y su *Corónica*, cuyo título es un guiño directo a Guaman Poma de Ayala, aunque sospecho que está hilado con el espíritu de Bartolomé de las Casas, defensor de los indígenas en uno de los periodos más oscuros de la historia. Gracias a su incansable labor, se promulgaron las Leyes Nuevas de 1542 por parte de Carlos I, buscando reformar el gobierno de las Indias y proteger a los vasallos indios de la Corona. Sin embargo, los encomenderos desoyeron al mismo rey. El poder suele residir en lugares insospechados. Pero aunque se pierda no debe dejar de decirle.

El autor nos entrega una obra sobre las luchas sociales ecuatorianas. Raúl Vallejo Corral, nacido en Manta en 1959, parece haberse enfrentado a las mismas preguntas: ¿de qué lado estás? ¿Quién eres? Sospecho que sus respuestas dieron forma al manuscrito que hoy nos interpela, con la magia de un Aleph, para que también escribamos nuestra historia y miremos hacia atrás, no para añorar riquezas, sino para defender nuestra cultura, nuestras pérdidas, pero sobre todo, nuestra lucha.

Hoy tenemos el lujo de tener al creador (autor) del creador (manuscrito-protagonista), al sueño del sueño como una ruina circular, un libro de arena, en una confusa pero mágica velada, menos borgiana y más prehispánica, nueva indiana, de real audiencia, ecuatoriana, menos ficcional y más histórica, porque los referentes que usa Raúl —o lo correcto sería decir el manuscrito, porque es este el que habla— son nuestros referentes, ¡nuestros! No hace falta pedir ayuda a Foucault, Barthes, Heidegger ni al mismísimo Marx... y está bien, porque acá uno se doctora en ser otro desde la academia y en la calle

desde el ser nadie, vaciados de referentes populares, de sabores, de resistencia, de literatura, de acá, mientras miramos de reojo qué pedir al *temy*, que es lo único que alcanza, y nos compramos un gorro cualquiera en lugar de usar la finura de los *Panama hats* tejidos en Montecristi o aquí mismo en el Azuay por artesanos a quienes no valoramos.

En fin, imagino los retos de la investigación, los tiempos que te tomó armar esta novelilla corta que se lee en un par de días pero que es una obra manual, hecha con paciencia, con sapiencia, con una pasión que quema las retinas.

Ya nos contará Raúl sobre los retos de la investigación, del cardar de esta obra desde las fuentes exclusivamente históricas, porque del triple nudo que se hace con lo literario y la creación propia, ese trasquilar los archivos para darnos tesoros de algo tosco y polvoriento, increíble pero olvidado.

Así que el manuscrito de Raúl se teje, con manos de mujer en mucho, y así se confiesa de las Crónicas de Francisco de Xerez, de Cieza de León, de Guamán Poma, de Garcilaso de la Vega. Qué triste quien no ha leído a los cronistas, quienes, con ojos asombrados, aún comprendiendo a medias, son la fuente primaria de nuestra historia. ¿Qué encontraron esos españoles en esta tierra? ¿Qué vestigios dejamos y qué memoria somos? Pero leer a los cronistas implica sumergirse en un tiempo. Qué tontos cuando empezamos a leer el pasado con ojos de presente. Ahí el remate del hilo que las palabras del manuscrito, del libro de Raúl, que casi arranca con ese español antiguo y complejo de las corónicas de largos títulos hoy, y que luego se adapta al cambio de los siglos y la lucha que cuenta. Quería enumerar las genialidades de esta obra. Parto de que Raúl nos da respuestas existenciales metiéndonos en la colada, acaso en el locro de papas o el encebollado. La primera es el uso de las fuentes históricas, literarias y su propia voz y creación; eso no lo hace cualquiera.

A su vez, anotemos el hit del uso del lenguaje, del que seguramente el Dr. Oswaldo Encalada podrá, como siempre ha hecho, iluminarnos con su sapiencia amable y generosa.

Yo ya sabía lo quera aquello de andar de la ceca en meca y de zoca en colodra . Antes de que escribiera en mí el tal de Otavalo hubo otro
Escribiente de nombre José María Bustos Yupamqui, antural de Colta Cocha

que, en el siglo XVI hizo escritura sobre el degollamiento que sufrió Túpac Amaru Inca debido al orgullo y la crueldad del virrey don Francisco de Toledo (p. 19)

Después, cargaron con los restos de Carlos y nunca supimos de él. La guitarra que había tocado terminó hecha pedazps, arrumada en la esquina del salón. Yo me he quedaod con la última visión que tuve de Carlos: su rostro con el cerquillo beatle ensangrentado y los ojos mirando sin ver el vacío del terror (p. 93, Norma escribiendo de Mayo del 69 en Guayaquil)

¿Cómo late en nosotros el Inca Atahualpa jugando ajedrez mientras llenan un cuarto de oro para un rescate que no se dará nunca?

Cómo nuestro cuerpo se transforma en el cuerpo de Túpac Amaru, buscado por su cabeza para empezar una nueva era. Cómo somos el español desde ese lado mestizo, el conquistador Felipe Corral de Molguer, que fue curado en Manta por la piedra Esmeralda, la diosa Umiña, pero que el destino le tenía la más cruel de las ironías. O el otro, ese cuyo historiador fue amigo de Vallejo, cuyo antepasado se revolcó con una india, pasión que terminó por el feminicidio de la hermosa a manos de su esposo (porque también hay esas violencias que atraviesan todo), y luego algo latía en el Marchena, historiador apasionado por América, como una deuda de generaciones hasta su reciente muerte.

Y cómo no va a dolernos la crónica de Guamote y Columbe sobre los levantamientos de 1803, que termina siendo de una violencia tan explícita y que nos da un golpe en la cara, porque juzgamos al violento sin saber que se revela ante una violencia igual o peor, sin saber que su castigo será propinarles más violencia, que la que causaron esas mujeres al comerse los ojos de los exploradores. A los alzados hubo que desollarlos vivos, colgar sus carnes putrefactas sin entierro, triturar sus cuerpos delante de los suyos, porque ¡ay, atrevidos osaron... ay, atrevidos osaron! ¡ De eso habla Vallejo, de eso esta Corónica inconclusa! ¿cómo va a acabar? ¿cuándo? Y Juan de Velasco dice: «un historiador debe ser un filósofo y un crítico verdadero para conocer las causas y los efectos naturales de los objetos que escribe y para discernir el confuso caos de las remotas

antigüedades de lo fabuloso, lo cierto, lo dudoso y lo probable: Cualidad que confieso faltarme del casi todo» (p. 46)

Es posible que esta advertencia provenga de Vallejo, un brote de pudor ante esta forma de reescribirnos, como diciendo: cuidado, que aquí no todo es historia; es recreación, novelación, hipérbole. Pero es, también, algo que de otra forma no llega, no conmueve, no grita. Y su manuscrito grita, pasando de baúl en baúl, por almas que no fueron frías ante los acontecimientos. Ahí está Bartolomé de las Casas; ahí, la escribiente Catalina del Niño Jesús ante la masacre de Colta; el encomendero Orozco, quien, pese a la masacre de los suyos, decidió sufrir su penitencia en silencio conventual; Federica Dávila Vallejo, que en el siglo XIX sentiría el enojo por la muerte de la poeta Dolores Veintimilla en Cuenca, por su atrevimiento de alzarse contra la pena de muerte en el caso de un indígena parricida, algo que no le perdonó la Iglesia Católica, entonces defensora de esa justicia humana tan falible a la que hoy nos asimos sin miedo a un Pachacamac o a un Dios, porque parece que todo lo destruimos.

Raúl continúa, hilando la memoria de héroes de la independencia y de figuras populares, de lamentos que duelen, que logran, que pierden, que fracasan, pero que siempre luchan y mantienen un fuego con su propia extinción, buscando un cambio que se da sobre sus cadáveres vejados. Los obreros arrojados al río durante los levantamientos, las cruces flotando sobre el agua, la matanza de Aztra: todo forma parte de nuestra identidad, carajo, de nuestro dolor, de nuestro fracaso y de nuestras propias conquistas por la libertad. Por no oír el sonido de la bota militar en el cuerpo del niño, por las mentiras que blindan el poder. ¿De qué lado estás? ¿Quién eres, lector?

Esta obra está tejida para perturbarte; es una obra maestra, escrita con la memoria como carbón hirviente. Aquí está nuestra memoria, florón que pasa de mano en mano. ¿Y nosotros? ¿Dónde nos quedamos en este pasado octubre de 2019, cuando salpica en nuestro pie el ojo arrancado por las fuerzas del orden a una madre soltera que solo tenía una cuchara y una cacerola, como lo cuenta Raúl? ¿Qué hacemos ahora con las tripas de los vencidos?

Nosotros aquí ahora que nos quedamos con ganas de seguir aportando a ese manuscrito desde nuestro lugar de enunciación que somos lo que creció de los corazones arrancados y sembrados de los cañaris, que somos los que somos la chola que lanzó el ají a

los ojos a los montoneros, y el espadachí zabala antihéroe asesinado al pie de la iglesia y somos la fiesta que se esperaba para Lamar cuando ganó Sucre, y las deudas que tuvimos que pagar por la Gran Colombia a la que no quisimos anexarnos y somos los indígenas que hace 100 años en abril de 1925 se levantaron en la huelga de la Sal y los comuneros que defiente su tierra y sus semillas y la consulta popular que votamos en defensa de nuestros páramos, y las mujeres cuyos nombres están escritos en el puente vivos nos queremos, y las que vemos alzarse una y otra vez el falo de la cultura y el ego con los mismos personajes contemporáneos... Porque la historia queridos escuchas se debe tejer y no solo soltar sin una profunda sensibilización ¿quiénes somos? ¿de qué lado estamos? Aquí y ahora Que no pase lo que siempre ha pasado, cito del libro: «que la peste se convierta en un recuerdo, el ser humano volverá a ser el mismo sobreviviente del planeta, pero con diferente miedo y, con el paso de los días, muchos olvidarán ese poco de amor que les propurí la presencia inminente de la muerte».

CODA

Pienso en esa hermosa manera de narrar, donde nada es lineal, porque la historia no es una sucesión de hechos (posiblemente también me remití a esa visión de Benjamín con *El perpetuo exiliado*, es que a una le mueve y obsesiona). De alguna forma, el lugar en el que nos encontramos, el ahora que vivimos, presenta vacíos, pasajes, iluminaciones que nos remiten a otras épocas que coexisten. No hay uniformidad, por ello, cuando Vallejo nos presenta un manuscrito que es protagonista de una novela y que, además, se escribe a lo largo de los años, no resulta una artificiosidad con el presente, sino que hay algo de atrás que nos remite a algo más bien cercano. No son los 500 años, los 30, los 100 o los 200, pero sí es la pérdida de memoria sobre hechos que, quizás, como dicen los científicos, terminan arraigados en nuestros genes. La obra comienza —sin revelar demasiado— en octubre de 2019, que fue un momento de quiebre. De no haber sido por la pandemia, no sabemos hasta dónde podría haber llegado ese levantamiento popular, una oportunidad de cambio que se desperdició políticamente o las chaskas otra vez, no se alinearon.